

había afirmado Justino que la asquerosa doña Patrocinio me dejaba el antejo, con rencoroso sarcasmo, para que viese como se iba la herencia. Lo arrojé lejos de mí. Fué rodando hasta el pie de la sombrerera donde guardaba el capacete de corcho de mi jornada por las tierras del Señor. Allí estaban juntos aquel capacete y aquel antejo, emblemas de mis dos existencias: la del esplendor y la de la penuria. ¿Y todo por qué? Porque un día, en una ciudad de Asia, se habían trocado dos envoltorios de papel pardo. ¡Jamás se había dado una burla más cruel de la suerte!

A una tía que odiaba el amor como cosa inmunda y que solamente esperaba para nombrarme su heredero que yo, desdeñando las faldas, le buscara en Jerusalem una reliquia magna, le traía la camisa de dormir de una guantera. ¡Oh, Dios, dime tú! ¡Dime tú, oh demonio, como se hizo, como se realizó aquel cambio de los dos envoltorios que es la tragedia de mi vida!

Cierto que eran semejantes en el papel, en la forma y en el bramante que los ataba. El de la camisa yacía en el fondo de un armario ropero; el de la reliquia campeaba sobre la cómoda. Nadie les había tocado: ni el alegre Potte, ni el erudito Topsisius, ni yo. Nadie, con manos humanas, con manos mortales osara mover los dos envoltorios. ¿Quién los había movido entonces? Sólo alguien con manos invisibles.

Cuando así cavilaba encontré friamente clavados en mí, como gozando aquella derrota de mi vida, los ojos nublados de un Cristo que había en la alcoba,

—¡Fuiste tú, grité de repente iluminado y comprendiendo el prodigio! ¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! Y, cerrando los puños, desahugué cumplidamente las quejas y los agravios de mi corazón.

—Sí, fuiste tú quien transformaste ante los ojos beatos de aquella vieja inmunda la Corona de tu leyenda en la camisa de dormir de Mary... ¿Y por qué? ¿Qué te hice yo? ¡Dios ingrato y variable! ¿Dónde, cuándo gozaste tu devoción más perfecta? ¿No acudía todos los domingos, vestido de negro, á oír las misas mejores que te ofrece Lisboa?

Súbitamente ¡oh maravilla! el Cristo pareció adelantar hacia mí sin desclavar los brazos del madero y crecer hasta tocar el techo, no menos bello en majestad y brillo que el sol al salir de los montes. Dando un grito caí de rodillas. Como un rumor manso de brisa entre jazmines, sentí una voz reposada y suave.

—Cuanto tú ibas á una iglesia era para mostrar servilmente á tu tía tu piedad: jamás hubo oración en tus labios, ni humildad en tu mirada que no fuese para catequizar á tu tía. Tu fuiste eternamente el *Hipócrita*. Has tenido dos existencias: una ostentada delante de tu tía, toda de rosarios, de ayunos, de novenas; otra, lejos de tu tía, subrepticia, toda de gula, de bajos apetitos, llena de Adelina y de Benita la Vejigosa... ¡Has mentido siempre! Sólo fuiste verdadero para el cielo y verdadero para el mundo cuando rogabas á Jesús y á la Virgen que reventasen cuanto antes á la vieja. Después resumiste toda tu vida de dolo y de falsedad en un envoltorio de papel pardo, donde habías atado una rama tan falsa como tu cora-

zón. Pero en otro envoltorio parecido has paseado por Palestina la irrecusable evidencia de tu liviandad. Justiciaramente aconteció que el envoltorio que ofreciste á la tía, y que la tía abrió, fué aquel que revelaba claramente tu perversidad. Esto te prueba, Teodorico, la *inutilidad de la hipocresía*.

Yo gemía sin osar levantar la cabeza. La voz susurró, lenta y misteriosa como el viento de la tarde entre las ramas:

—Yo no sé quién hizo ese cambio picaresco y terrible de los dos envoltorios: ¡tal vez nadie! ¡tal vez tú mismo! Pero tus tedios de desheredado no provienen de esa mudanza de espinas en encajes, sino de vivir dos vidas: una verdadera y de iniquidad, otra fingida y de santidad. Ahí está, Teodorico, la enseñanza de *cuán inútil es la hipocresía*.

Postrado de hinojos, yo extendía abyectamente los labios hacia los pies del Cristo, transparentes, suspendidos en el aire, con clavos que despedían trémulos resplandores de joya. La voz pasó sobre mí, llena y rumorosa, como la ráfaga que inclina los cipreses.

—Tú dices que yo te persigo. No. Cuanto te ocurra, es obra de tu vida. Yo no la construyo; asisto á ella y la juzgo plácidamente. Todo depende meramente de tí y de tu esfuerzo de hombre... Escucha todavía. ¿Acaso no recuerdas mi voz? No soy Jesús de Nazareth, ni ningún otro Dios creado por los hombres... Soy anterior á los dioses transitorios. Ellos nacen dentro de mí; dentro de mí viven; dentro de mí se transforman; dentro de mí se disuelven: eternamente permanezco en torno de ellos y superior

á ellos, concibiéndolos y deshaciéndolos, en el perpetuo esfuerzo de realizar, fuera de mí, el Dios absoluto que en mí siento. Me llamo *Conciencia*. Soy en este instante tu propia conciencia reflejada fuera de tí, en el aire y en la luz, y tomando ante tus ojos la forma familiar bajo la cual tú, educado en la superchería y poco filósofo, estás habituado á comprenderme... Sin embargo, basta que te alees y me mires para que la imagen resplandeciente se desvanezca.

Levanté los ojos y todo había desaparecido.

Entonces, transportado, como ante una evidencia de lo sobrenatural, levanté los ojos al cielo y clamé:

—¡Oh, mi Señor Jesús, Dios é Hijo de Dios, que te encarnaste y padeciste por nosotros!...

Pero enmudecí. Aquella inefable Voz resonaba aún en mi alma mostrándome la *inutilidad de la hipocresía*. Consulté mi conciencia, y seguro de no creer que Jesús fuese hijo de Dios y de una mujer casada de Galilea, como Hércules era hijo de Júpiter y de una mujer casada de Argólida, escupi de mis labios, tornados para siempre verdaderos, el resto inútil de la oración.

Al siguiente día, casualmente, entré en el jardín de San Pedro de Alcántara, sitio que no pisara desde mis años de latín. Y á poco encontré á mi antiguo amigo Crispín, hijo de Téllez Crispín y C.^a con fábrica de hila-

dos en Pampulla, camarada á quien no había visto desde que me gradué de bachiller. Era este el grueso Crispín, que entonces, en el colegio de los Isidoros, me daba besos voraces en el corredor y me escribía por la noche billetes ofreciéndome cajas de plumas. El viejo Crispín había muerto; Téllez, rico y obeso, pasara á vizconde de S. Téllez; y este mi querido Crispín ahora era la Firma.

Cambiado un ruidoso abrazo, Crispín y C.^a notó pensativo que yo estaba muy feo. Después de esto, nombró mi jornada á Tierra Santa (que él había sabido por el *Diario de las Noticias*) y aludió con amistoso regocijo «á la gran fortuna que me debía haber dejado la señora doña Patrocinio de las Nieves»...

Amargamente le mostré mis botas torcidas. Nos sentamos en un banco, junto á una trepadera de rosas; y allí en el silencio, entre aromas, conté á Téllez lo de la funesta camisa de Mary, la Reliquia en su envoltorio, el desastre en el oratorio, el anteojo, mi cuarto miserable de la casa de huéspedes.

—De modo, Crispín de mi alma, que me encuentre sin pan.

Crispín y C.^a, impresionado, retorciéndose los bigotes, murmuró que en Portugal, gracias á la Carta y á la Religión, todo el mundo tenía una corteza de pan; lo que á algunos les faltaba era el queso.

—Pero el queso yo te lo daré, querido,—añadió alegremente la Firma, dándome una palmada en las rodillas.—Uno de mis empleados en la fábrica de Pampulla comenzó á hacer versos y á meterse con actrices... Es muy republica-

no. Odia las cosas santas... En fin, un horror. ¡Le despedí! Recuerdo que tú tenías buena letra. Una cuenta de sumar siempre sabrás hacerla... Allá está sin proveerse el puesto del otro. Ocúpalo tú. Son veinticinco duros... ¡El queso!

Temblándome en las pestañas dos lágrimas, abracé á la Firma. Crispín y C.^a murmuró otra vez, con cara de quien siente un gusto agrio:

—¡Desvíate, hombre, que estás muy feo!

Comencé entonces á servir con desvelo la fábrica de hilados de Pampulla; y todos los días copiaba cartas con mi letra de hermosas curvas y alineaba guarismos en un extenso *Libro de Caja*. La Firma enseñárame la «regla de tres» y otras habilidades. Y, como de semillas llevadas por un viento casual á un terreno abandonado nacen inesperadamente plantas útiles que prosperan, de las lecciones de la Firma brotaron en mi inculta naturaleza de bachiller en leyes aptitudes considerables para la explotación del negocio de hilados. Ya la Firma decía admirada, en la Asamblea del Carmen:

—¡Mi Raposo, apesar de la Universidad y de la ciencia que le metieron en los cascos, tiene disposición para las cosas serias!

Una tarde de Agosto, cuando ya me disponía á cerrar el *Libro de Caja*, Crispín y C.^a se detuvo ante mi mesa, risueño y encendiendo un cigarro.

—Oye, Raposón: ¿tú á qué misa tienes costumbre de asistir?

Silenciosamente estiré mi manga de lustrina.

—Yo pregunto esto,—añadió la Firma,—porque mañana voy con mi hermana á la «*Outra Banda*», á una quinta nuestra, á la *Ribeira*. Si tú no estás acostumbrado á otra misa, vienes á la de Santos, á las nueve, nos vamos á almorzar al *Hotel Central* y nos embarcamos luego para *Cacillas*. ¡Tengo deseos de que conozcas á mi hermanal...

Crispín y C.^a era un caballero religioso, que consideraba la religión indispensable á su salud, á su prosperidad comercial y al buen orden del país. Sinceramente visitaba al Sr. de los Pasos de la Gracia y pertenecía á la Hermandad de San José. El empleado, cuyo puesto ocupaba yo ahora, se le había hecho intolerable por escribir en el *Futuro*, periódico republicano, artículos ensalzando á Renán y ultrajando á la Eucaristía. Yo iba ya á decir á Crispín y C.^a que era tal mi apego por la misa de la Concepción Nueva, que en otra no podía encontrar agrado... Pero recordé la voz austera del Cristo. Mordí la mentira beata que ya me ensuciaba los labios y exclamé muy pálido, pero con firmeza:

—¡Oye, Crispín, yo nunca voy á misal! Todo eso son patrañas... Yo no puedo creer que el cuerpo de Dios esté todos los domingos en un pedazo de hostia hecha de harina. Dios no tiene cuerpo; nunca lo tuvo. Todo eso son locuras. Te digo esto sinceramente. Puedes hacer conmigo lo que quieras. ¡Paciencia!

La Firma me contempló un momento mordiendo los labios:

—Pues, oye, Raposo, me gusta esa franqueza. ¡A mí me agrada la gente llanal... El otro, aquel bellaco que estaba

ahí en esa mesa donde tú estás ahora, solía decir cuando yo podía oírle: ¡El Papa, gran persona! Y después se iba por ahí adelante, poniendo al Padre Santo peor que por los suelos. ¡Pues se acabó! No tienes religión, pero tienes hidalguía. A las diez, entonces, en el *Central* y luego, ¡á la *Ribeira*!

De este modo conocí á la hermana de la Firma. Se llama doña Jesuina, era vizca y tenía treinta y dos años. Desde aquel día de río y de campo, la riqueza de sus cabellos rubios como los de Eva, su pecho sólido y succulento, su piel color de manzana madura y la sonrisa de sus dientes blancos, hiciéronme pensar mucho cuando, al atardecer, fumando una breva yo me retiraba hacia la Baja por el Aterro, mirando los palos de las falúas...

Había sido educada en las Salesas; sabía Geografía y todos los ríos de la China; sabía Historia y todos los reyes de Francia; y me llamaba Teodorico Corazón de León por haber yo estado en Palestina. Los domingos, ahora, yo comía en la Pampulla; doña Jesuina hacía un plato de huevos quemados, y su ojo vizco se posaba con agrado en mi faz potente y barbuda de Raposón. Una tarde, á la hora del café, Crispín y C.^a elogió á la Familia Real, su moderación constitucional y la gracia caritativa de la Reina. Después bajamos al jardín; y mientras doña Jesuina regaba sus flores yo, al lado de ella, envolviendo un cigarro, murmuré junto á su hombro:

—¡Ay, doña Jesuina! ¡Cómo sería usted Reina si el Raposo fuese Rey! Ella, colorada, me dió la última rosa del verano.

En vísperas de Navidad Crispín y C.^a se acercó á mi mesa, posó el sombrero sobre la página abierta del *Libro de Caja* que yo ennegrecía con cifras, y cruzando los brazos con una sonrisa de lealtad y estimación, murmuró:

—¿Conque Reina si el Raposo fuese Rey? Pero diga el señor Raposo. ¿Hay ahí, dentro de ese pecho, amor verdadero por Jesuina?

Crispín y C.^a admiraba la pasión y el ideal. Yo iba á decir que adoraba á la señora doña Jesuina como á una estrella remota... Pero recordé la voz altiva del Cristo. Mordí la mentira que palpitaba ya en mis labios, y dije con coraje:

—Amor... amor... no... Pero me parece una hermosa mujer. Además me agrada mucho su dote. Y yo creo que había de ser un buen marido.

—¡Trae esa mano honrada! — gritó la Firma.

Me casé. Soy padre. Tengo coche, la consideración del barrio en que vivo y la encomienda del Cristo. El doctor Margaride, que come á mi mesa todos los domingos, afirma que el Estado, por mi ilustración, mis portentosos viajes y mi patriotismo, me debe el título de barón del *Mosteiro*. Porque yo compré el *Mosteiro*. El digno magistrado, una tarde, á la mesa, anunció que el horrendo Negrón, deseando ensanchar sus posesiones de Torres, había decidido vender el viejo solar de los condes de Lindoso.

— ¡Aquellos árboles, Teodorico—recordó el benemérito hombre—dieron sombra á su madre! ¡Las mismas sombras cobijaron á su respetable padre, Teodorico!... ¡Yo de mí sé decir que, si tuviese la honra de ser un Raposo, no me contenía, compraba el *Mosteiro* y levantaba allí un torreón con almenas!

Crispín y C.^a exclamó:

—¡Cómpralo! Es cosa de familia.

Y en una víspera de Pascua, firmé la escritura que me hacía, después de tantas esperanzas y de tantos desalientos, el señor del *Mosteiro*.

—¿Qué hace ahora ese imbécil de Negrón?—indagué yo del buen Justino, allí presente, apenas salió el apoderado del sórdido sacerdote.

El fiel amigo hizo crujir sus dedos. El Negrón había heredado la fortuna del padre Casimiro, cuyo cuerpo estaba en el alto de San Juan y el alma en el seno de Dios. Y ahora era íntimo del padre Piñeiro, que no tenía quién le heredase y que lo había llevado á Torres, para asistirlo. El pobre padre Piñeiro por allá andaba, chupadito, indigestándose con las tremendas comidas del Negrón, echando la lengua fuera ante cada espejo. ¡Y no duraría mucho! De suerte que el Negrón venía á reunir (con excepción de lo que fuera para el Señor de los Pasos de la Gracia que no podía tornar á morir) lo mejor de la fortuna de G. Godiño.

Yo exclamé pálido:

—¡Qué bestial!

—Sí, ¡llámale bestial!... Tiene coche, tiene casa en Lisboa, llevó á su lado á Adelina...